

Filosofía como puente entre Ciencia y Teología

Por NARCISO DE LA IGLESIA RODRÍGUEZ

Yo también me lo pregunto: la Ciencia y la Teología, ¿son amigas inseparables o enemigas hostiles? ¿Puede un tercer elemento, la Filosofía, servir de puente entre las dos? La primera es casi la eterna pregunta. Posiblemente el sí a la segunda pregunta es una gran verdad. Sin poner ni quitar nada tanto a la Ciencia como a la religión, la Filosofía bien puede ser la mano amiga de ambas en la misma búsqueda de respuestas a los porqués de toda reflexión y de toda vida, una buena compañía para todos esos momentos en los que parece que por el mucho querer se da la impresión que todo está roto. O que no hay nada en común entre ambas cuando lo cierto es que van del brazo paseándose por la calle principal. Profundicemos un poco en ello y hagamos un intento para demostrarlo.

El 19 de febrero de 1933 publicaba el New York Times Magazine, una entrevista a uno de los padres de la Cosmología física contemporánea, Georges Lemaître, en la que decía que había decidido desde siempre y sin complejos seguir los dos caminos para llegar a la verdad: “Nada en mi trabajo, nada de lo que aprendí en mis estudios científicos o religiosos me hizo modificar este punto de vista. No tengo que superar ningún conflicto. La ciencia no quebrantó mi fe y la religión nunca me llevó a interrogarme sobre las conclusiones a las que llegaba por métodos científicos”.

Un buen palo para los materialistas, se apelliden científicos o puros, aunque creo que de ambos grupos quedan pocos que anden por la vida con una cierta seriedad en sus planteamientos. Hay algunos por ahí pero, yo creo que avergonzados en su engaño que ya ni se atreven a confrontarlos fuera de su rinconcito de poder, sea un aula de escuela o las cuatro hojas de un pasquín trasnochado.

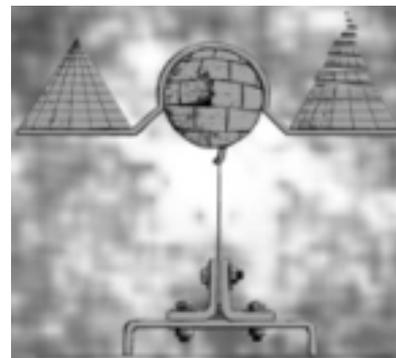
La Ciencia ya no está aislada en ningún campo concreto de investigación, porque ha descubierto, de un lado, que cualquier aspecto del mundo forma parte de un todo complejo, y de otro lado, que un conocimiento no puede desarrollarse sin el apoyo de otras disciplinas. Ocurre, además, que asistimos a un momento apasionante del debate entre Ciencia y Teología similar al que se produce entre Ciencia y Filosofía. Los conocimientos que hemos alcanzado respecto al universo, la estructura fundamental de la materia, la naturaleza de la conciencia, el descubrimiento del espacio-tiempo o del genio genético, propician que desde el campo científico se hagan incursiones espontáneas en el terreno de la Teología. Y esto según el más riguroso método filosófico o, más aún, que no sabemos si hacemos filosofía de la ciencia o ciencia filosófica al plantearnos tantas interrogantes que necesitan respuesta más allá de la mera Ciencia. Algo parecido al hacer el discurso sobre Teología.

La interdisciplinariedad está siendo la lógica consecuencia del descubrimiento de la complejidad de cualquier método de conocimiento. La Filosofía, que se consideraba al margen del conocimiento científico, se ha visto implicada de esta forma en el esfuerzo humano por una comprensión más amplia de lo que ha dado en llamarse mundo objetivo o real. La Física es uno de los campos donde con más frecuencia se producen incursiones filosóficas, hasta el punto de que los físicos de nuestros días podemos clasificarlos en materialistas o idealistas, de la misma forma que dividimos a los pensadores de las diferentes épocas según crean que el espíritu es anterior o posterior a la materia.

Ciencia y Teología han de vivir hermanadas de por vida con la Filosofía si se quiere encontrar una respuesta no sólo lógica, sino verdadera a cualquier planteamiento en el que esté en juego el hombre o la tierra sagrada que pisa.

Hay ahora, también, quienes intentan llevar a cabo el reemplazamiento de las explicaciones metafísicas por las científicas sin caer en la cuenta que, con frecuencia, obedece a una falta de profundidad filosófica, tal como sucede, por ejemplo, cuando la actividad de los sistemas físicos es presentada como incompatible con la existencia del espíritu o de Dios. Más todavía, hay ahora físicos que incluso reivindicaban la física como la nueva teología, asegurando no sólo que Dios es una exigencia de la evolución tal como la conocemos hoy, sino también que la resurrección de los muertos se deduce de ecuaciones matemáticas, al igual que la existencia del cielo y del infierno. Tenemos, pues, que una parte del discurso teológico es hoy reivindicado desde el ámbito científico, si bien con otro vocabulario y conceptos. Otros apuntan que si nos fijamos en las virtudes teológicas, vemos también que el conocimiento del mundo es impensable sin un acto de fe, que la esperanza es una exigencia para la supervivencia de la especie, que sin claridad no es posible reorganizar la sociedad con garantías de futuro.

Dichas reflexiones pueden parecer un juego de niños pero lo cierto es que todas estas maniobras del conocimiento humano nos señalan una posible convergencia entre Ciencia y Teología que puede despertarnos del doble espejismo que muchos padecen o, lo que es peor, les gustaría que así fuese: primero, que la vida humana es un episodio intrascendente de la evolución cósmica y, por lo tanto, manipulable genéticamente sin mayor rigor ético; segundo, que la realidad última del mundo es asequible, antes o después, al conocimiento humano.



Por ello, y para ser precisos, más que rechazarse o aislarse en sus respectivos campos de conocimiento, ciencia y teología están abocadas a un diálogo común con la filosofía, que hará de puente, ayo o institutriz, del que debe salir nueva luz para la aproximación a lo que las tres disciplinas pretenden: el conocimiento y la comprensión de la vida, la inteligencia y el amor en todas sus manifestaciones.

Cierto que existen cuestiones que surgen de la ciencia y que exigen insistentemente una respuesta, pero que, por su naturaleza, trascienden las competencias de la ciencia. Se suelen llamar cuestiones fronterizas. Polkinghorne habla de “una sensación muy difundida entre quienes practican la ciencia, especialmente entre quienes hemos trabajado en la física fundamental, de que la ciencia no lo dice todo acerca del mundo físico. Como consecuencia de esa sensación, vivimos en una época en la que se está dando un renacimiento de la teología natural, por parte de los científicos más aún que de los teólogos”¹. Verdad que se trata de un cierto panteísmo como apunta Davies en concordancia con la posible auto-creación del universo, como si tal teología estuviera relacionada con la ciencia. También Davies afirma que en la actualidad la ciencia ofrece un camino más seguro para llegar a Dios que la religión y presenta sus ideas como si gozaran de aceptación general entre los físicos².

Podría pensarse que esto es cierto apoyándose en la creencia de que la ciencia sigue un método más riguroso que la teología para alcanzar la verdad de sus postulados. Afirmarlo sería ignorar la seriedad del estudio teológico y sus conclusiones desde sus umbrales griegos, pasando por el tomismo más clásico hasta llegar a la vasta producción de reflexiones sobre los temas más divinos y trascendentes del momento.

Una fuente de presuntas cuestiones fronterizas en la actualidad bien puede ser la cosmología, por ejemplo. Los científicos y teólogos afirman, por lo general, que la cosmología científica no puede probar ni refutar la doctrina de la creación. Pero algunos afirman que hay suficiente evidencia hoy día para justificar la creencia de que el universo comenzó a existir sin una causa. No es difícil demostrar que, en realidad, la creación es un problema metafísico que no puede ser tratado con los métodos de la ciencia; si se intenta hacerlo, más que de una cuestión fronteriza, se trataría de una reducción ilegítima. Por eso, ciencia y teología han de vivir hermanadas de por vida con la filosofía si se quiere encontrar una respuesta no sólo lógica, sino verdadera a cualquier planteamiento en el que esté en juego el hombre o la tierra sagrada que pisa.

Para profundizar un poco más en el tema quisiera poner un ejemplo, no me acuerdo dónde lo encontré, que me inspira Seyyed Hossein Nasr, catedrático de Estudios Islámicos de la Universidad George Washington: por su naturaleza, la ciencia sólo puede ocuparse de un nivel de la existencia, la existencia física. La ciencia se basa también en el estudio de lo que pasa en el tiempo y en el espacio. Por consiguiente, el científico se acerca al principio, pero no puede llegar al comienzo propiamente dicho pues este encuentra más allá de la existencia material y de las dimensiones espacial y temporal. En cambio, la mayor parte de las religiones –con excepciones, como el confucianismo- se han ocupado del origen del universo.

Los que, como yo, añade el profesor Seyyed aceptan el punto de vista religioso, tienen mucho que decir sobre los orígenes del universo. Creemos que la realidad que lo generó nos entregó también una revelación para explicar su origen. Entiendo revelación no sólo en su aceptación clásica de las religiones reveladas, sino que también se trata de la mente regalada por el Creador con la que podemos profundizar en el misterio de la ciencia para llegar a un conocimiento suficientemente profundo como para reconocerle como tal y ponernos humildemente ante Él. También hemos de decir y creo que es muy importante añadir que las reflexiones filosóficas que permiten tender un puente entre la ciencia y la metafísica dependen en gran medida de las ideas que se tengan acerca de la verdad. Como resultado de la crisis de fundamentos de las ciencias que se dio hacia finales del siglo XIX, entró en crisis la idea de la verdad, y acabó siendo reemplazada por la idea, menos fuerte, de intersubjetividad, una especie de relativismo con etiqueta antropológica. Quedó patente que las ciencias utilizan construcciones que no vienen determinadas por la naturaleza misma, y que, por tanto, incluyen factores convencionales. En estas

circunstancias, podría pensarse que no existe realmente la verdad científica, y que los logros cognoscitivos tendrían sólo una validez pragmática³.

Sin embargo, aunque parezca un contrasentido, el análisis de la intersubjetividad científica puede conducir hacia una rehabilitación de la verdad. En efecto, si bien es cierto que cada disciplina científica adopta una objetivación particular, también lo es que, cuando la objetivación está bien definida, apoyada sobre todo por la reflexión filosófica, incluye criterios para valorar la correspondencia entre las construcciones teóricas y los resultados de la experimentación. Por tanto, cuando siguiendo este camino se alcanzan demostraciones rigurosas, puede afirmarse que se da la verdad. Se trata de una verdad contextual, ya que se refiere al contexto propio de cada objetivación; por tanto, es también una verdad parcial y perfectible. Pero ello no impide que pueda tratarse de una verdad auténtica si el método ha sido hecho siguiendo las pautas que marcan los cánones de toda reflexión seria.

Esta explicación de la verdad científica combina los aspectos contextuales, semánticos y pragmáticos, que responden a las teorías de la verdad como coherencia, correspondencia y praxis. Y puede ser extendida, con las necesarias precisiones, a los problemas generales del conocimiento. Se hace patente, de este modo, que no debe existir conflicto entre los conocimientos alcanzados mediante diferentes aproximaciones a la realidad, ya sea mediante la experimentación o la reflexión teológica, apoyados por el razonamiento lógico, y que debe ser posible integrarlos todos de modo coherente.

De hecho, existe una conciencia generalizada acerca de la importancia de las reflexiones epistemológicas para plantear adecuadamente las relaciones entre las ciencias, la metafísica y la teología natural. La búsqueda de la integración entre estas perspectivas debe incluir una noción de la verdad en la que se tengan en cuenta sus aspectos contextuales, referenciales y pragmáticos⁴.

Posiblemente, parte importante del problema que nos ocupa es que las preguntas que nos podemos hacer mediante la Ciencia, la Religión o la Filosofía, como puente entre ambas, no deben ser simplemente “¿es suficiente la verdad de Dios, del mundo o del hombre para mí?, ¿busco la verdad?”, si no “¿me conviene?”, ¿me compromete?”. Si así pensamos tendremos que admitir que nuestra dificultad no es con una u otra disciplina, ni siquiera con la existencia de la verdad absoluta, sino con nuestra disposición a vivir esa verdad.

A fin de cuentas, quizás nuestro problema no es intelectual ni pragmático sino de nuestra voluntad; no de la cabeza, sino del corazón. Porque, como decía Pascal, “conocemos la verdad, no sólo por la razón, sino también por el corazón”. Y es el corazón quien nos puede ayudar a encontrarla venga por el camino de la ciencia o de la religión. Bueno, pienso, más bien, en un corazón que ame la sabiduría.

Notas:

1- J. C. Polkinghorne, A revived natural theology, en: J. Fennema-I. Paul (eds.), Science and Religion. One world: changing perspectives on reality, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht 1990, p. 88.

2- Cfr. P. Davies, God and the new physics, Dent, London 1983, pp. VIII-IX, 38 y 223.

3- Cfr. Mariano Artigas, Comunicación presentada en el Simposio de la Académie Internationale de Philosophie des Sciences, Friburgo (Suiza), 1990. Publicado en E. Hagáís (editor), Science et sájese (Fribourg: Éditions Universitaires Fribourg, Suisse, 1991) pp. 87-101.

4- Cfr. N. Murphy, Truth, relativism and crossword puzzles, Zygon, 24 (1989), pp. 299-314.